

partir otra vez las localidades de una gala en el Real.

Yo creo, sin embargo, que estos repartos no serían tan difíciles si los que los hacen atendiesen un poco á los porqués, cómo y cuántos de todo obsequio, y tuviesen firmeza para no dejarse arrollar por exigencias y peticiones sin fundamento ni base. La inmensa mayoría de los que solicitan billetes en casos como este, no tienen razón ni motivo alguno para solicitarlos. Son gente que no aparece en la superficie social sino cuando hay que pescar diversiones gratis, en las cuales quieren, no sólo ocupar el mejor puesto, sino dar puestos excelentes á su familia, compadres y vecinos del piso cuarto. Y claro es que á tales pretensiones no se debiera atender sino con un encogimien-

tante europea existe. Se ha intentado varias veces abrir subscripciones entre el vecindario para subvenir á la creación de Asilos, cantinas, casas de dormir para los pobres, como las que existen en Londres y París y dan tan excelente resultado, etc.; pero al segundo mes las subscripciones disminuyen, mientras el limosneo callejero, grato á nuestra indolencia, continúa en todo su esplendor. ¿No sería un medio de estimular la perseverancia del vecindario en la subscripción benéfica el tomar como criterio de derecho en la petición de billetes las cuotas de los vecinos, no sólo en su cuantía, sino en el tiempo que hace que las vienen satisfaciendo con regularidad? Porque en esto de obras de beneficencia, es más útil y conveniente un suscriptor de tres pesetas al mes, que no devuelve nunca el recibo y con el cual se puede contar de seguro, que un donante espléndido que envía de una vez una cantidad y no vuelve á acordarse de la obra. Yo propondría, pues, que los años y servicios en materia de beneficencia fuesen título preferente para estos repartos de billetes de convite.

Otro modo de evitar los abusos realmente descarados que se cometen, sería el que los centros oficiales diesen publicidad á los nombres de las personas invitadas. Segura estoy de que entonces se marcharía con más cuidado y se escogería mejor el personal. Veríamos menos caras sospechosas y menos gente inexplicable.

No desapruébo que á los Ministerios, verbigracia, se les repartiesen billetes, pero no para que las familias de los escribientes los usufructúen, sino para que cada Ministerio, por lista publicada, los envíe á las personas á quienes ese Ministerio debe recordar y distinguir. Y éstas no son tantas como parece. Ojalá pudiese yo creer que residen en Madrid á estas horas cien marinos ilustres, cien militares no menos señalados, cien cateóricos eminentes, cien escritores famosos, cien músicos eximios, cien políticos insignes, etc. Con mil ó dos mil billetes distribuidos pensándolo y publicando nombres, se cumple con la flor, la nata y hasta el suero de la mentalidad, la inteligencia y la acción española. Si no se trata de una corrida de toros, sino de una función de gala en el Real, entonces restrinjo el número, porque la cuestión de *toilette* hace que muchas personas, respetabilísimas y dignas, no tengan ni la ocurrencia de asistir.

Por las calles empieza á ostentarse ya la percalina. ¡Qué sería, á faltarles este tejido, de los organizadores de festejos! La percalina es como el unguento amarillo; para todo sirve. Percalina y ramaje son, por lo visto, el brote visible de la satisfacción y alegría ante los faustos acontecimientos. No existiría un ser más original que el que dispusiese unas fiestas sin mezcla alguna de percalina, sin gastar ni una vara de la socorrida tela. Me gusta en todo la novedad, y también en el capítulo de regocijos populares *odio Pusata poesta*, como dijo Carducci...

Al cerrar la crónica leo la noticia de que Ibsen, el gran dramaturgo noruego, acaba de morir. Es una luz que se apaga; no hay muchas que con tanto brillo hayan resplandecido sobre Europa. Tuvo Ibsen la fortuna de nacer en uno de esos países septentrionales, donde las tentativas nuevas en el arte y en la mentalidad no encuentran burla y desvío, sino interés y estimación. Así y todo, la amarga autobiografía interna de los innovadores, de los que ponen el pecho contra la corriente del sentido vulgar, la dejó consignada en las páginas de *Un enemigo del pueblo*.

¿Qué hubiese escrito si nace aquí? ¡Ah! Tal vez nada; tal vez dos ó tres ensayos, que el público acogiera con hostilidad feroz; tal vez—y esto es lo más frecuente—veinte ó treinta obras de ficción y engaño, de taquilla, como dicen, de concesiones bastardas, de adaptación miserable al gusto general, obra de escritor domado y humillado por la muchedumbre. Pero la briosa protesta individualista que engrandece el teatro de Ibsen no hubiese podido brotar. Y por consiguiente, Ibsen no sería lo que fué, sino algo anodino, falso, convencional, para escuchado de puertas adentro... Por algo no todos los países producen dramaturgos universales.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días la crónica periodística ha dado materia para un sensacional folletín, con todo lo del castillo abarrotado de plata kleptomanzada por uñas principescas, y algo más, muy folletinesco también, que completa el carácter de tan curiosa historia mundana.

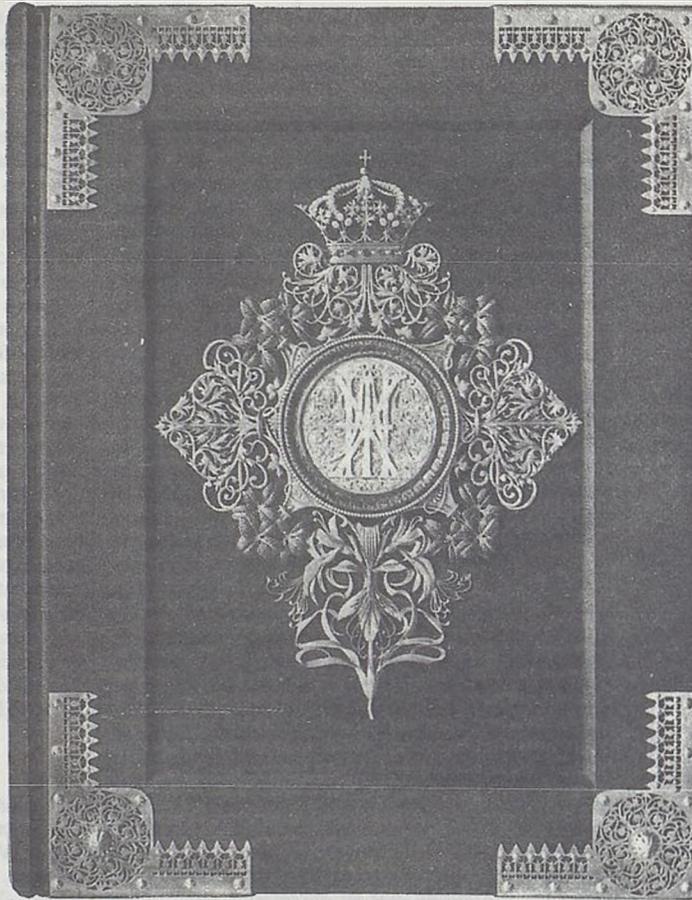
Las reflexiones de índole social á que estos hechos se prestan, no han escaseado «detrás del abanico de nácar y de oro,» como el poeta diría. Pero sin necesidad de entrar en el perfumado recinto de los salones, con sólo acudir al buen sentido popular, bastaría para que se recomendase una prudente cautela respecto á ciertos meteoros que cruzan la atmósfera, á cierta gente que viene de lueñes tierras á echar polvo dorado á los ojos de los incautos, y á ganarse, á golpe de emparedados y claret, una consideración acaso perdida definitivamente en otros países. Y sin embargo, merece notarse el síntoma, la mejor acogida está preparada siempre aquí para los allegadizos cuyos antecedentes menos se conocen. Es una tendencia que bastardeará la sociedad española en breve plazo, dándole ese aspecto híbrido, cosmopolita, lo que en París se llama de *caravansérail*, que destruye toda culta intimidad y toda discreta confianza.

Aunque sea de otro género muy distinto, esta tragedia de los príncipes Adolfo de Wrede me recuerda el gracioso episodio de la venida á Madrid, poco antes de la guerra, del escritor y turista yanqui Chatfield Taylor. Llegó este señor provisto de recomendaciones que le abrieron de golpe y porrazo puertas muy cerradas, y no se las abrieron para fiestas en grande, sino para lo que llamaban en Francia las *petites entrées*. Se le obsequió á todo trapo, se le prodigaron amabilidades, y formó parte del círculo íntimo de algunas casas de lo más *clanista* de la corte. Y apenas hubo regresado á su patria el escritor, se apresuró á publicar un libro cuya cubierta es encarnada y amarilla, pero en el cual se pone de oro y azul á la misma sociedad donde le festejaron. Sus únicas frases de respeto y algo más eran para Castelar, para quien esto escribe, y para otras dos ó tres personalidades intelectuales, que no le habíamos ofrecido ni una mala taza de te; y lo cuento, no por jactarme, sino por que conste que ninguna queja personal puedo tener de Chatfield Taylor. Sólo digo que es preciso andarse con relativo cuidado en esto de la hospitalidad. Espíritu hospitalario, sí; pero no preferencia decidida al que lleva un nombre de difícil pronunciación, sólo por el hecho de llevar ese nombre. ¿De dónde vienen? ¿A qué vienen?, es lo menos que cabe preguntar ante esa X social que es una familia extranjera, caída en Madrid de las nubes, en busca de facilidades y transigencias que en otra nación no encontraría.

¿Tiene usted ya billetes de convite para esto, aquello y lo otro? ¿Quién los da? ¿Cómo se dan? ¿Por qué concepto se dan esos billetes?

Ofrezco un premio á quien me acierte estas charadas.

Lo del reparto de los billetes de convite para las solemnidades (funciones de gala en los teatros, corridas regias, etc.), pica en historia y da lugar siempre á infinitas desazones. Díjome una vez un funcionario serio y respetable, que el único motivo por el cual presentaría su dimisión sería porque le ordenasen re-



Tapa del álbum de trabajos artísticos de pintores catalanes que los elementos monárquicos de Barcelona han regalado á S. M. el rey D. Alfonso XIII, con motivo de su boda, ejecutada en los talleres de D. Hermenegildo Miralles, según dibujo de Alejandro de Riquer y con aplicaciones de materias preciosas, hechas en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras.

to de hombros, y con la firmeza de la negativa. Pero los caracteres firmes son lo que más escasea, y dada su rareza, se les debiera honrar doblemente que al genio y á la hermosura; y por carencia de esa energía para hacer la distribución de billetes de un modo acertado, se ha apelado al subterfugio y al embrollo, pues no de otra manera debe calificarse el flujo y reflujo de noticias periodísticas contradictorias, encaminadas á despistar á los pedigitieños y confundir y marear al público. Que reparte la Diputación; que ya no es la Diputación, sino Gobernación; que ya no es Gobernación, sino una serie de Comisiones del seno de esto y del seno de lo otro, las cuales se subdividirán para atender á aquello y á lo de más allá; que la corrida la pagan unos; que no, que ya la pagan otros; que un Ministerio solo ha pedido *catorce mil* billetes... Y la gente pacífica se pregunta asombrada: ¿por qué un Ministerio pide ni catorce mil ni ciento cuarenta billetes para una corrida de toros que la Diputación provincial, es decir, la provincia de Madrid, ofrece al rey con ocasión de su boda? ¿Es que el Ministerio, organismo oficial, representa algo más que eso mismo, un organismo oficial cuyos funcionarios están retribuidos? ¿Es que la provincia de Madrid, y en general la nación, han contraído alguna deuda de gratitud particular con ningún Ministerio?

Y echándome á discurrir sobre el asunto, he aquí cómo se me ocurriría el modo de arreglarlo sin grandes complicaciones y con notoria ventaja de la cultura, del bien y de la higiene pública en la corte de las Españas.

Nadie ignora que esta corte se halla infestada de mendigos. El Ayuntamiento, la Diputación, el Estado, se declaran impotentes para desterrar esta plaga vergonzosa, que en ninguna otra ciudad algo impor-